

virtudes individuales, ha de serlo también de las públicas, y ha de influir por tanto en la perfección de la humanidad: porque ¿cómo lo que es útil y necesario á cada hombre en particular, dejaria de ser aplicable á la sociedad entera? *El elemento moral y religioso es pues la base de la economía política.* Bacon ha dicho: „una filosofía superficial, aunque profunda en la apariencia, nos aleja de las leyes fundamentales de la sociedad: otra filosofía mas verdadera nos acerca á ella.”

El grande estudio del hombre bueno es la investigación de las causas de nuestros vicios y de nuestros males, y de los remedios que los curan porque todos los males de los individuos y de la sociedad tienen su origen en un *desorden*, que es necesario disipar. La armonía de la razón con el principio moral y religioso en su aplicación comun á la economía de las sociedades, es el *critério* de los progresos del espíritu humano. Sin esta brújula no se llegará nunca al puerto: porque si colocamos la humanidad bajo el imperio de un fatalismo inexplicable, todos los conocimientos serán inciertos, todas las virtudes equívocas.

La historia, la filosofía y el cristianismo establecen el amor de Dios y de los hombres como ley fundamental de las sociedades. La historia, el estudio de las revoluciones de la economía social manifiestan en todos los pueblos las fatales consecuencias del olvido ó desprecio de esta ley ó de su aplicación imperfecta: y estas investigaciones nos revelan al mismo tiempo de qué manera se han de amalgamar con la legislación los principios de esta ley divina. El cristianismo aplicado segun las intenciones evidentes de su legislador, es la civilización en toda su verdad y complemento, es el fin de los afanes y progresos del espíritu humano. Así lo ha concebido en el Oriente el venerable brama Ram Mohun Roy, que despreciando las preocupaciones de su casta y los dones de la fortuna, predica á sus compatriotas el cristianismo, esta ley de amor y de igualdad, que la Europa pugna por desconocer consumiéndose en esfuerzos prodigiosos para acumular medios materiales de fruición.

Si la ley universal del amor debe ser el móvil de nuestras acciones y sentimientos, su influjo se manifestará de dos maneras en la historia: por los males que ha producido su desconocimiento, y por los progresos del bien general cuando se ha aplicado debidamente. Pues bien, esto es lo que nos demuestra la filosofía aplicada á la historia.

Pero si este exámen ha de hacerse como debe, es menester no *dividir* al hombre. Quien le considere solamente como una máquina ingeniosa, ó como un puro espíritu, jamás llegará á conocerle. Muchas disputas se han promovido acerca de los métodos mas propios para investigar la verdad; pero ninguno es practicable para el que descarte alguno de los elementos de la humanidad. Conciencia, razón, organismo forman el hombre. La conciencia es el principio mas importante, porque no puede renunciar á ella sin depravarse, sin perder la seguridad de la razón, sin pervertir el uso de los órganos mas nobles. La duda de Descartes no puede aplicarse ni un solo segundo á la conciencia sin que esta reclame su imperio, y su grito terrible truena contra esta profanación del ser humano. El filósofo, y todo hombre que busque lo que es bueno, lo que es bello, lo que es verdadero, debe buscarlo con su conciencia, con su inteligencia, con sus órganos.

La conciencia proclama que existe un Dios, y que los hombres estan ligados (*religio*) por un lazo recíproco de afecto y compasión: que los atributos del Ser Supremo son poder, justicia y bondad, de donde resultan para el hombre que puede conocer, practicar ó violar sus leyes, recompensa ó expiación. Y esta filosofía del sentimiento interior ¿qué otra cosa es sino la doctrina evangélica?

Llega despues la inteligencia y examina esta voz del instinto moral y religioso: y si no se empeña en ahogarla, consagra por sus inducciones lógicas los datos del sentimiento íntimo. Si se separa de ellos, *divide* el hombre, le separa de su elemento mas noble, y no encontrará nunca la verdad por mas que la busque.

El método filosófico de la analisis no es mas que un medio de verificar los datos del instinto interior, facultad primitiva, inseparable del hombre, preexistente á toda noción: facultad, que hallaremos siempre en lo mas profundo de nuestro ser, si la buscamos libres de toda pasión y preocupación. Ella es el axioma de *conócete á tí mismo*, que es el fundamento de la buena filosofía.

¡Cosa extraña! Aspiramos á adquirir la ciencia de los seres, y empezamos por desconocer el nuestro. Aun se disputa

sobre la conciencia, sobre el alma, sobre el espíritu, sobre todo lo que constituye la humanidad, y queremos explicar la naturaleza y el universo, despreciando y envileciendo nuestra propia esencia. Vemos á Dios en el agua, en la piedra, en el mas vil de los animales, en el polvo, y negamos la conciencia porque es impalpable. Parece imposible reunir tanta ambición con tanta miseria. Dejemos esas investigaciones ociosas, que no adelantarán un solo paso la felicidad del género humano, que no aliviarán el menor de sus sufrimientos y busquemos verdades mas asequibles; porque la filosofía, así como la virtud, debe ser un esfuerzo hecho en favor de los hombres con el objeto de agradar á Dios. Lo demas todo es *vanidad*. Cultivemos las ciencias con ardor, pero con conciencia, no pidiéndoles vanos sistemas, sino luces útiles al hombre, y guardémonos de aspirar á la ciencia perfecta de Dios, del hombre y del universo, porque jamás conoceremos de estos grandes sistemas sino lo que es necesario para dirigirnos en esta vida, lo cual nos lo enseña la conciencia de acuerdo con la razón.

En vano la fisiología agotará sus recursos en el estudio de los nervios, los tejidos, la médula cerebral, y en los crueles tormentos de animales vivos; quizá adquirirá nuevas luces acerca de la acción de los órganos y de la influencia que ejerce sobre ellos la reacción del pensamiento: jamás explicará el misterio del ser humano: porque está fuera de su alcance, y no debe ser explicado en este mundo. En vano los naturalistas, á favor de infatigables observaciones, tratarán de explicar la vida, las maravillas del organismo, las leyes de la creación: como estos conocimientos no son inútiles, siempre serán inaccesibles. La filosofía se pierde en esas sublimes especulaciones. Recibámosla del cielo, y nos enseñará los remedios de que la felicidad y la concordia reñen en la mansión de los hombres. Apliquémosla á la perfección de la economía social. Mientras exista un solo hombre que padezca, no ha lugar para otro estudio que no conduzca al de su alivio, porque la ciencia de la civilización tiene por objeto producir la mayor suma de felicidad posible para los hombres en este mundo. Este objeto está designado en el cristianismo con autoridad verdaderamente divina, sancionada para el hombre individual por el grito de la conciencia y por las deducciones de la razón. La filosofía, aplicada al hombre y á las sociedades humanas, es la concordia de la religión y de lo moral con la ciencia y la política. El Evangelio es el fuero del género humano, y en él deben buscarse sus leyes orgánicas.

Si la filosofía es el conocimiento del hombre y de sus deberes, y de los medios de proporcionar á los individuos y á las sociedades la mayor suma (y mas durable) de felicidad, toda desviación de la ley eterna debe producir un infortunio, no solo para quien sea víctima del error, sino también para el que quiera sacar partido de la violación. La ley mecánica de la reacción domina también en el mundo moral: todo esfuerzo contra una ley general produce otro igual y contrario para asegurar el triunfo de la ley. El oprimido obra siempre contra el opresor: de donde se infiere que este, no solo deja de gozar verdaderamente porque es un ser depravado, sino también que ni aun goza en paz. Los mismos males que causa le producen inquietudes, penas y tormentos: castigo que ha dado la Providencia, como el buitre de Prometeo, á la violación del orden. Así ha dicho un gran estadista: „cuando la política humana echa su cadena al cuello del esclavo, la justicia divina la ata por el otro cabo al cuello del tirano.” El autor de los *Proverbios* reveló 3000 años hace, esta ley de la Providencia: *El que siembra iniquidad, segará infortunio: y la vara con que hirió enfurecido, le destrozará.*

Esta verdad es la filosofía de la historia, y resalta de toda ella: los anales del género humano nos prueban que la imperfección ó corrupción del *principio moral y religioso* ha sido el origen de todos los males públicos, de la decadencia de la agricultura, industria y comercio, de la ruina de la hacienda, hasta de la deterioración de la salud individual: y que donde fue mas vigoroso aquel elemento de vida, la sociedad humana fue mas vigorosa y feliz, y que su prosperidad material siguió los progresos de su fuerza moral.

Basta para convencerse de ello examinar las cuatro principales épocas de la historia, la antigüedad, el establecimiento del cristianismo, la edad media y los tiempos modernos.